

dazmente habian ido á refugiarse al campamento de la décima legion. De seguro que si Fausto se hubiera encontrado libre, no se hubieran atrevido á confiar en la proteccion de los soldados que aquél mandára; pero uno de ellos, el centurion Publio Sexto, que habia sabido la acusacion que pesaba sobre Fausto, y su arresto, creyó poder ofrecer á sus cómplices aquel medio de defensa.

Cuando Cneyo supo que los culpables se encontraban en el campamento, quiso marchar allí en su persecucion, y el lictor que le acompañaba le juró que cumpliría por su parte la orden de los magistrados aunque fuese contra un ejército entero; pero el decurion se encogió de hombros al oír aquella bravata, y le dijo:

—Y tú y este jóven seriais de allí echados á palos con las mismas varas de tus haces. Para hacerles obedecer es necesaria una autoridad más respetable que la tuya, dado caso que no la rechazasen tambien.

Al escuchar aquella observacion exclamó Cneyo súbitamente:

—Pues bien; yo sabré imponerles esa autoridad.

Y en el acto dispuso regresar al palacio del Duunviro.

Cuando llegó á él duraba todavía la con-

ferencia de Bibulo con Fortunata, y por las últimas frases de esta conferencia podrá juzgar el lector de las declaraciones, confidencias y pactos que mediaron entre ambos esposos.

—Queda convenido, —decia Fortunata, —que me abandonarás á Silia.

—No olvides que pertenece á Neron y que éste la reclama.

—¡Oh! no temas nada: yo no me propongo otra cosa que torturar su corazon, y tengo la seguridad de que en estos momentos sufre un suplicio mayor de lo que tú puedas imaginar.

—Adivino toda la crueldad de ese suplicio por el gozo que se retrata en tu semblante; pero ¿qué más puedes hacer con esa mujer que el haberle presentado á su hija en el lamentable estado que se la llevaste?

—Si tú comprendes todo lo que Silia debe sufrir con la deshonor de su hija, de la cual ésta es inocente, ¿no te haces cargo de lo mucho más que ha de afligirla el ver la infamia y la indignidad de su hijo? ¿Olvidas el deseo manifestado por éste de que su madre y su hermana sean entregadas á Neron?

—¿Y tú te propones ayudar á ese jóven?

—Sin duda alguna y sin remordimien-

tos de ninguna clase, porque para mí esas dos mujeres no son más que dos enemigos; pero para Cneyo, que las vende y las entrega, la una es su madre y la otra es su hermana.

—Te veo ya ansiosa de llevar á Silia la noticia de la bajeza de su hijo.

—Y voy en seguida.

En aquel momento llegó al palacio un soldado que el decurion habia destacado para advertir al Duunviro de lo que ocurría, y darle así tiempo para reflexionar, ántes de la llegada de Cneyo, la determinacion que le conviniera tomar.

Fortunata, que se proponia sacar partido de todo, aprovechó aquella oportunidad y dijo á su esposo:

—Es necesario escuchar á Cneyo, y conviene que su madre y su hermana estén presentes, para que puedan atestiguar á Neron que prestamos todo nuestro apoyo y cooperacion á las reclamaciones de ese noble jóven.

Así, pues, Fortunata dispuso que comparecieran Silia y su hija, y que dejasen pasar á Cneyo tan pronto como volviese á palacio.

Los designios de Cneyo, como los de todo aquel que está decidido á probar fortuna hasta el último trance, los habia modificado segun la inesperada marcha de

los sucesos. Pero en vez de aminorarse las esperanzas por el éxito que ántes se proponia alcanzar, ahora pensaba obtenerlo, no solamente respecto á la venganza de su hermana, sino tambien respecto á la salvacion de ésta y de su madre.

Cneyo estaba, por lo tanto, resuelto á continuar representando el papel infame que habia comenzado á fingir, y con estas intenciones regresó al palacio de Bibulo. La presencia de su madre y de su hermana le causó el efecto de un rayo, y le desconcertó hasta el extremo de sentir que le abandonaba el valor. Es indudable que si hubiera tenido necesidad de ser el primero en exponer las reclamaciones que venia á formular ante el Duunviro, le hubiera faltado la fuerza de voluntad indispensable para hacerlo; pero habiéndole sido arrojada aquella infamia en la frente por otra persona, recobró súbitamente todo el valor que le era preciso para soportarla. Fortunata, inducida por el odio que le inspiraba Silia, y creyendo en la sinceridad de los propósitos del jóven, se adelantó á explicar que la turbacion de Cneyo reconocia por causa los miramientos que tenia éste de manifestar sus intenciones delante de su madre y de su hermana; y haciéndolo por él, dijo:

—Y bien, Cneyo; ¿has encontrado á los

infames libertinos que, según decías ántes, han tenido la osadía de poner sus manos sacrílegas sobre la virgen destinada al divino Neron? ¿Podrás tú castigar, como querías, el atentado que han cometido robando unos placeres que estaban reservados al César? ¿Y llevarás á cabo tu venganza contra los que han derribado la base de tu fortuna, por los bienes y favores que soñabas habían de obtener tu madre y tu hermana en los brazos del señor de Roma?

Era tan odioso y repugnante el sentimiento que esas palabras revelaban, que Silia no pudo ménos de quedar absorta y estupefacta al escucharlas. Chrysis, por su parte, no podía comprender lo que querían decir: conocía tan á fondo la nobleza de alma de su hermano, que sólo escuchó las interpelaciones de Fortunata como un rumor entrecortado por infames palabras que para nada podían tener relacion con Cneyo. Ménos se explicaba la jóven la palidez y la ansiedad de su madre al oírla decir:

—¿Debo creer lo que acabo de escuchar, Cneyo? ¿Esta mujer no se mofa de mi desgracia? ¿Es cierto que tú hayas pensado...

Cneyo había tenido tiempo de reponerse para persistir en su penosa resolución. Por muy execrable que fuese, al parecer,

el camino que había emprendido, lo consideraba como el único que en aqúenas circunstancias podía conducirle al éxito de su empresa, y perseveró en sus propósitos con heroica abnegacion, porque no se le ocultaban tampoco los sufrimientos que iba á causar á los mismos seres queridos á quienes pretendía salvar.

—Sí, Silia, —exclamó;— quiero ejercitar mi venganza contra los que han ultrajado la pureza de la virgen destinada á Neron. El César es la representacion de los dioses sobre la tierra: malditos sean los que no inclinan dócilmente la cabeza ante su voluntad ó su deseo, y perezca en mal hora todo aquel que al cumplimiento de esa voluntad divina y al servicio de sus deseos augustos no ponga todo su poder y autoridad.

Y despues, dirigiéndose á Bibulo, continuó diciendo:

—Ahora, tú, Bibulo, ve aquí el motivo que me ha obligado á volver á tu presencia sin los culpables. Estos han huido y se han refugiado en el campamento de la décima legion: la autoridad de un licitor hubiera sido insuficiente para prender á esos miserables en medio de los soldados; pero la tuya, la presencia del duunviro, obtendrá el respeto y la obediencia que á nosotros nos hubiera sido negada, y he

venido á reclamarte que me acompañes.

Al oír tan extraña pretension, Bibulo frunció el rostro; pero Fortunata se apresuró á gritar:

— Este jóven tiene razon y pide en justicia: es necesario seguirle y prestarle auxilio para vengar el insulto hecho al César; porque Cneyo representa en este momento la causa de Neron y no la de su hermana. Cualquiera otra jóven que se encontrase en el mismo caso tendria en él igual defensor.

Cneyo adivinó la intencion de Fortunata, y no temió ir más allá de las horribles suposiciones de aquella mujer, con el objeto de asegurar el éxito de su empresa.

— Te engañas, Fortunata — gritó Cneyo; — si Neron hubiera escogido para sus deleites otra cualquiera mujer que no hubiera sido Silia ó Chrysis, yo no hubiera entónces defendido su eleccion con tanto entusiasmo; pero cuando una felicidad semejante viene á distinguir á una familia, mal haya el miembro de ella que no persigue á los que quizás pudieran hacérsela perder.

Silia hubiera dudado de la sana razon de su hijo si no viera en sus palabras la exacta explicacion de los miserables sentimientos de interes que le animaban. La indignacion le hacia enmudecer; pero al ca-

bo estalló con severas reconconvenciones, y levantando los brazos en actitud de anatema sobre la cabeza de Cneyo, dijo á éste:

— ¡Miserable! ¡Tú no puedes ser el hijo de Silano, tú no puedes ser hijo mio, tú has robado el nombre que llevas!

— ¡Cneyo! ¡Cneyo! — gritó Chrysis. — Desmiente tus palabras: la inmensidad de tu dolor te ha vuelto insensato.

Cneyo no respondió ni una sola frase; pero no pudiendo soportar el peso de las miradas de su madre y de su hermana les volvía el rostro con fingido desden.

— ¡Cneyo! — volvió á exclamar Silia. — No hay bajeza tan infame ni tan indigna que pueda compararse con la tuya. La misma Fortunata que tanto me odia nos ofrece en este momento el aspecto de su asombro, y yo me atrevo á jurar que el tirano Neron, al tener noticia de tu conducta para con nosotras, se estreñecerá de horror aún en la embriaguez de sus orgias. No esperes, no, que tengan éxito tus execrables proyectos: la muerte me libertará de la infamia en que me abandonas, y terminará la desesperacion que experimento por haber dado el sér á un monstruo como tú.

— ¡Fortunata! — gritó Cneyo con furiosa energia que brotaba de la violencia que ejercia sobre sí mismo. — Fortunata, yo te

hago responsable de la vida de estas dos mujeres, y si por tu negligencia ó poco celo les sucediera algun mal, darás cuenta de ello á Neron. El tiempo vuela, y no debemos perder ni un momento: Bibulo, ¿estás dispuesto á seguirme?

—Vamos— dijo el duunviro.

—Vé tranquilo— contestóle Fortunata; —yo te respondo de la vida de tu madre y de tu hermana, para que puedas gozar el bello porvenir que les preparas:

En seguida marcharon Bibulo y Cneyo, volviendo á ser conducidas á su prision Silia y Chrysis, las cuales fueron maniata-das para impedirles que pudieran atentar contra sus vidas.

No nos detendremos á describir la desesperacion y la amargura de aquella madre, que despues de haberle sido entregada su hija deshonrada y vejada, veia de nuevo á su hijo, despues de una prolongada separacion, para encontrar en él al más despreciable esclavo de la tiranía de Neron. Con referencia á aquellos tiempos, se citan muchos ejemplos de inauditas bajezas, y bien conocida es de todo el mundo la historia del senador que aparentaba dormir en medio del festin, cuando se lo indicaba Neron, miéntras que éste gozaba de su esposa delante de los demas convidados; pero jamas se habia dado el caso

de un servilismo tan asqueroso como el de Cneyo, en un jóven de su edad, ni con tanta impudencia manifestado.

Silia no encontraba palabras bastante enérgicas para expresar sus maldiciones, y Chrysis no sabia hacer más que repetir sin cesar estas palabras:

— ¡Es imposible! ¡es imposible!

Entre tanto Bibulo, acompañado de Cneyo, se encaminaba apresuradamente al campamento de la décima legion, precedido de los ocho lictores de que se servia en las circunstancias graves y solemnes.

Ya se habia esparcido el rumor entre todos los soldados de la noticia del arresto de Fausto, la cual habia producido un descontento general, que los culpables procuraban utilizar en provecho propio. Las puertas de aquel campo atrincherado habian sido cerradas; pero le fueron franqueadas al Duunviro cuando vieron que éste avanzaba solo con algunos lictores, despues de haber concertado los soldados oponerse al arresto de Publio Sexto, si el Duunviro lo intentaba á pesar de la resistencia de aquéllos. La disciplina estaba completamente pervertida en la legion, y ya sea que se decidiesen á entregar ó á defender á uno de sus oficiales, los soldados se mostraban orgullosos y engreidos, ha-

siendo alrdes de que eso dependia sólo de sus voluntades.

Desde que el Duunviro penetró en el campamento, se dirigió al tribunal ó plataforma que se elevaba en una de sus extremidades, acudiendo allí todos los soldados para conocer el objeto de aquella inesperada visita. Bibulo habia ordenado que las puertas volvieran á cerrarse, para que nadie pudiera salir del campo, y los soldados consintieron que esta órden fuese inmediatamente ejecutada, porque así quedaban hechos dueños, no sólo de los que debian ser arrestados, sino tambien del mismo Duunviro. Este subió á la tribuna para arengar á la tropa, y Cneyo se colocó á su lado.

La moralidad y justicia de toda multitud ó colectividad, interpelada ó reclamada públicamente, no ha sido jamas dudosa, y el Duunviro fué benévolamente escuchado cuando se expresó en estos términos:

— Soldados: si yo viniese á vuestro campamento con las órdenes de Neron en la mano, yo no tendria necesidad de deciros cuál era el objeto de mi venida, porque vuestro deber y el mio no es otra cosa que la obediencia más absoluta á los decretos y á la voluntad del Emperador. Si el César hubiera dispuesto el arresto de Publio

Sexto, de Metelo y de las otras personas á quienes habeis acogido bajo vuestro amparo, hubiera sido suficiente haberos dicho que era un mandato de nuestro augusto dueño, para que en el acto hubiera sido obedecido. Pero no es así. Por la reclamacion y la queja de un simple ciudadano es por lo que debo proceder contra los culpables, y ciertamente no lo hiciera vuestro Duunviro si el crimen que ellos han cometido no fuese á la vez el más tremendo y el más cobarde. Este jóven que veis aquí á mi lado es el hijo de Silano, que llegó ayer á Nemausus con su hermana y obtuvo la hospitalidad de Fausto; pero mientras éste se encontraba en mi palacio, y aprovechando tambien la ausencia de este jóven, un infame emisario se introdujo en la casa de vuestro tribuno, y sacó de ella á la jóven con el pretexto de acompañarla á la de su madre; y merced á este odioso engaño, condujo aquella virgen á la casa de una cortesana, donde fué entregada su inocencia á todos los excesos criminales de la violacion y del libertinaje.

Un sordo rumor de asombro y de indignacion se extendió entre los soldados, y algunas voces comenzaron á formular acusaciones contra los jóvenes patricios que habian cometido tan inicuo atropello.

Conociendo Publio Sexto que su conduc-

ta, puesta de manifiesto bajo su verdadero punto de vista, le comprometia gravemente, subió tambien sobre la plataforma para hablar á su vez:

—Soldados: — gritó, — se os engaña y se os sorprende. No creais que aquí se trata de vengar á una jóven de los insultos que haya podido recibir; de lo que verdaderamente se trata es de arrestar á los mejores ciudadanos, como se ha hecho con Fausto nuestro tribuno. ¿Por qué se ha puesto preso á Fausto? ¿Ha sido porque haya querido violar á alguna otra vírgen? No en verdad. Que el Duunviro os lo diga y entónces sabréis por qué se nos quiere privar de la libertad á mí y á mis amigos.

— ¡Devuélvenos á Fausto! — gritaron los soldados por todas partes. — ¡Fausto! ¿Porqué ha sido preso Fausto?

— Fausto se ha rebelado contra la autoridad del César — exclamó el Duunviro.

— Y sabed ahora tambien por qué se ha rebelado contra la autoridad de Neron, — gritó Cneyo entónces con potente entonacion, dominando el tumulto causado por la manifestacion de Bibulo. — Sí, ciudadanos: yo soy el hijo de Silano el senador, á quien de sobra conoceis por su valor y sus virtudes, y Silano se ha visto precisado á suicidarse para evitar la afrenta de las órdenes de Neron, que le habia mandado que

bajase á combatir en el Circo. Mi hermana y yo hemos huido de Roma; pero las órdenes del tirano han venido persiguiéndonos hasta Nemausus. Esas órdenes arbitrarias disponen que la esposa de Silano y sus hijos sean conducidos á Roma para satisfacer los apetitos y las venganzas de Neron, y por no haber querido Fausto consentir tan execrable sentencia, es por lo que ha sido reducido á prision vuestro tribuno.

Los soldados murmuraban, mirándose unos á otros, para concertar la aprobacion que les merecia la conducta de Fausto.

— Por lo demas — continuó Cneyo, — todo cuanto os ha dicho el Duunviro es cierto; sí, unos infames y cobardes libertinos han ultrajado la virginal inocencia de mi hermana, la hija de Silano, el más noble y honrado ciudadano del Imperio. Yo he ido á reclamar del Duunviro el castigo que debiera imponerse á los culpables; pero lo que no sabeis ni podeis calcular es bajo qué formas, en qué condiciones y en qué sentido se ha consentido en ese castigo. No ha sido, no, para vengar á la víctima ultrajada, ni ha sido tampoco para que la vindicta pública y la moral queden satisfechas; no, ¡soldados! esos intereses valen bien poca cosa para ocupar la atencion de los magistrados: se ha decretado la persecucion y castigo de los im-

prudentes que han tenido la osadía de atentar con mano sacrilega contra los placeres de Neron, gozando antes que éste la virginidad de la hija del senador Silano.

— ¡Pero en ese sentido es como tú has formulado tu reclamacion! — exclamó Bibulo.

— Sí; en ese sentido es como he tenido necesidad de pedir justicia, porque de otra manera no la hubiera obtenido.

Y despues, dirigiéndose á los soldados que le escuchaban con silenciosa admiracion, prosiguió Cneyo:

— Sí, soldados; me ha sido necesario emplear ese abominable pretexto para alcanzar el castigo de los infames que se han refugiado bajo vuestro amparo. ¡Ahora bien! de vosotros espero la justicia, no sólo contra ellos, sino tambien contra el Duunviro; porque Bibulo, si le dejais obrar, entregará á mi madre y á mi hermana á nuevas infamias; causará tambien la perdicion de Fausto prisionero, cuyo ejemplo os enseña cuál es la opinion de un noble ciudadano respecto á las órdenes de Neron; y por último, abandonará á las venganzas de ese tirano al insigne y virtuoso Vindex que intentaba libertar las Galias del ominoso yugo de semejante monstruo, y que, fiando en la bondad de vuestros sentimientos, llegó á imaginarse que tales ór-

denes serian motivo más que suficiente para que estallára vuestra insurreccion. ¡Valientes soldados! ¿permitiréis que se cometan esos crímenes? ¿dejaréis perecer á vuestro tribuno? ¿consentiréis que el ilustre Vindex sea conducido al suplicio? ¿sancionaréis que arrojen al lecho infame del inicuo Neron el pudor ultrajado de la hija de Silano?

— ¡No, no, no! — gritaron á una voz todos los soldados.

— ¡Escuchadme! — gritó tambien el Duunviro: — el César os ordena...

— ¡El César que ahora mismo va á elegir esta legión, me ordena tu muerte! — exclamó Cneyo.

Y al decir eso, asestó á Bibulo una puñalada mortal que le hizo caer en tierra.

Los soldados, sublevados con las últimas palabras de Cneyo y seducidos con la idea de elegir un nuevo César, aplaudieron el acto de justicia y el valor del jóven.

— ¡A Nemausus ahora! ¡a Nemausus! — gritó Cneyo; y que las riquezas de los favoritos de Neron sean el botin de los que han de combatir para derribar su abominable poder!

No intentarémós siquiera bosquejar el tumulto que excitaron aquel homicidio y aquellas palabras. Sólo dirémos que Cneyo

no tuvo necesidad de señalar á la cólera de los soldados quiénes debían ser sus primeras víctimas. Publio Sexto, Metelo y sus otros cómplices, alcanzados cuando ya iban á escapar, perecieron todos bajo los golpes y al furor de los mismos que pocos momentos ántes habian jurado defenderles.

Toda la legion se lanzó en desórden fuera del campamento, y la ciudad de Nemausus, á pesar de las murallas que la rodeaban, tomada por sorpresa, se vió de repente en poder de los soldados, así como el palacio del Duunviro, que fué invadido por Cneyo con algunos soldados que le seguian.

La noticia de un desastre se anticipa siempre á la llegada de los que se imaginan ser los primeros en llevarla. Antes que los soldados hubieran asaltado el palacio de Bibulo, ya sabia Fortunata la muerte de su esposo, el alzamiento de la legion y el peligro que amenazaba á aquella morada. El primer impulso de Fortunata fué huir; pero ántes que pudiera tener tiempo de recoger algunas alhajas, ya el palacio habia sido atacado, y sus pesadas puertas caian con estruendo bajo los tremendos golpes de los soldados. Persuadida entónces de su perdicion, Fortunata quiso arrastrar en su ruina á la mujer que

consideraba como su más mortal enemiga. Así, pues, cogió un puñal y se dirigió con presteza á la prision de Silia y Chrysis, donde por virtud de la recomendacion de Cneyo se encontraban aquellas dos infelices mujeres maniatadas, para que no pudiesen atentar á sus propias vidas.

Ya hacia algunos momentos que Silia y Chrysis habian creído notar un lejano rumor que llegaba confusamente hasta la prision en que estaban, y sin poder adivinar la causa que pudiera producirlo, escuchaban con atencion cómo iba creciendo y acercándose. Cuando oyeron crujir las puertas á los golpes de los soldados, no les quedó ninguna duda de que el palacio era objeto de un ataque, y empezaron á concebir algunas esperanzas; pero al escuchar distintamente el tumulto de los esclavos que huian y las vociferaciones de los soldados que los perseguian, ya entónces tuvieron la certeza de que se trataba de libertarlas.

En aquel momento fué cuando Fortunata penetró en la prision, cerrando tras sí la puerta con violencia.

Al presentarse aquella mujer como una fiera espantada, con los ojos encendidos, los cabellos en desórden y con todo aquel aspecto de la rabia que ve llegado el momento de saciar su criminal furor, Silia

adivinó el objeto de su implacable enemiga, y por un movimiento instintivo, la madre procuró cubrir con su propio cuerpo el de su hija.

Aquellas dos mujeres, aquellas dos rivales, aquellas dos enemigas, Silia y Fortunata, se comprendieron mutuamente, porque la esposa de Bibulo respondió á aquel movimiento diciendo á la esposa de Silano:

—¡Sea! ¡Tú la primera y despues tu hija!

Silia avanzó con actitud heroica, presentando su pecho, donde Fortunata hundió su puñal sin piedad; pero el amor maternal había exasperado á Silia tanto como á Fortunata su odio, y ántes que ésta hubiera podido retirar el arma para herir á Chrysis, se sintió aprisionada por los dientes de Silia, que la tenía mordida la mano. La lucha, sin embargo, no se hubiera prolongado mucho tiempo, pues Fortunata, á pesar del dolor agudo que le causaba la mordedura de Silia, procuraba arrancar del seno de ésta el puñal, y ya lo tenía cogido con la otra mano, cuando sintióse crujir la puerta de la prision al empuje de Cneyo, que se precipitó dentro seguido de Fausto. Fortunata entónces clavóse aquel puñal en su corazon y cayó al lado de su rival.

Cneyo y Fausto levantaron del suelo á Silia ensangrentada y moribunda y la colocaron sobre el lecho en que había sido ántes depositada su hija.

Silia entreabrió los ojos y pudo reconocer á Fausto y á Cneyo. Este se hallaba arrodillado al borde de la cama, y su madre apoyó suavemente su mano sobre la cabeza de su hijo, conservando todavía, para dar su último adios á Fausto, una de aquellas dulces sonrisas, otras veces tan encantadoras, y que fué un sonreír casi divino en aquella existencia agonizante. Silia hizo algunos esfuerzos para hablar; pero no pudo apénas balbucear más que estos dos nombres:

—¡Fausto!... ¡Chrysis!...

La cuarta época, titulada *Los Cristianos*, que sigue, explicará cuál fué el destino de los personajes de esta escena final. Lo que únicamente nos resta que decir ahora, para inteligencia del lector, es que los sucesos que acabamos de referir fueron el origen de la insurreccion general de las Galias contra Neron, cuyo movimiento tuvo por jefe á ese mismo Vindex, y cuyo éxito fué debido al valor, á la presencia de ánimo y á la heroica fuerza de voluntad de un niño.

FIN DE LOS ROMANOS.